

Históricas Digital

José Rubén Romero Galván

“Hernando Alvarado Tezozómoc, sus circunstancias y su *Crónica mexicana*”

p. 15-40

Hernando Alvarado Tezozómoc

Crónica mexicana. Manuscrito Kraus 117

José Rubén Romero Galván (coordinación de la edición)
Gonzalo Díaz-Migoyo (estudio codicológico y paleografía)

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2021

728 p.

(Serie Cultura Náhuatl, Fuentes 14)

ISBN 978-607-30-4559-9

Formato: PDF

Publicado en línea: 26 de agosto de 2021

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/735/cronica_mexicana.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2021, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



HERNANDO ALVARADO TEZOZÓMOC,
SUS CIRCUNSTANCIAS Y SU *CRÓNICA MEXICANA*

JOSÉ RUBÉN ROMERO GALVÁN
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

La Nueva España del siglo XVI fue el escenario de grandes y dramáticos cambios. Quienes entonces vivían presenciaron cómo su mundo se transformaba vertiginosamente. Los españoles que atravesaron el Atlántico y llegaron a estas tierras con las intenciones de acercarse a ellas, experimentaron cómo su mundo se tornaba tan inmenso como desconocido, ofreciéndoles la oportunidad de alcanzar aquello que en su terruño les era negado: tierras, poder, bienes... Para los antiguos habitantes de estas latitudes los cambios fueron mucho más drásticos y dolorosos. El universo en el que vivían, el de sus padres y abuelos, se derrumbó. Las sólidas instituciones que lo sustentaban desaparecieron con violencia. Las milenarias deidades en quienes habían confiado por siglos enmudecieron y sus efigies fueron destruidas. Sus gobernantes doblaron la cerviz, cuando no murieron por negarse a ser aliados de los que recién llegaban... Todo cambió a partir de agosto de 1521.

En efecto, desde entonces, la cultura —entendida en su sentido más amplio, que incluye tanto el bagaje material de las comunidades como todas aquellas instituciones imaginarias que dotan de sentido a la vida del individuo— experimentó transformaciones cuya importancia es incuestionable. Se trató de un proceso en verdad complejo en el que ciertos elementos culturales sobrevivieron sin cambios y aún hoy son observables en la vida mexicana, mientras que otros se transformaron combinándose con algunos traídos por los recién llegados; también hubo otros más que desaparecieron para siempre.

La economía, el orden social, las estructuras políticas, la religión, la lengua... todo cambió. Por supuesto, la antigua nobleza indígena,

que hasta antes de la Conquista había ocupado el lugar preponderante en aquella realidad, se vio afectada.

Los privilegios que disfrutaban los *pipiltin* antes de la llegada de los europeos eran muy diversos. Ocupaban los puestos más elevados en la administración, el ejército y el clero, pues parte de este grupo era tanto el *tlahtoani*, en el caso de Tenochtitlan, como el *cihuacóatl*, con quien compartía el poder; también los grandes capitanes del ejército, cuya función era tan importante como la guerra para el señorío tenochca, y los sacerdotes de mayor rango, encargados de cuidar las relaciones con las divinidades. Por lo que toca a sus prebendas económicas, poseían tierras de buena calidad que, cultivadas por los macehuales, rendían excelentes frutos y en cantidades suficientes para mantener adecuadamente sus palacios. Es cierto que sabemos muy poco de la acumulación de riquezas por los *pipiltin*; sin embargo, podemos suponer que poseían bienes suntuarios en cantidades importantes, fruto sobre todo de los obsequios que recibían de los gobernantes. Además, gozaban del exclusivo privilegio de ataviarse con ropas y ornamentos de finísima calidad, lo que los distinguía de los macehuales, quienes sólo podían vestirse con ropas elaboradas con materiales de ínfima clase.

Por lo que toca a la educación, a diferencia de los jóvenes del pueblo que recibían instrucción, que podríamos calificar de básica, en las instituciones llamadas *telpochcalli*, los hijos de los nobles se formaban en el *calmécac*. Allí aprendían a leer los códices en los que estaba registrado su pasado, también aquellos otros que contenían los pormenores de las fiestas con las que debían ser honrados los dioses, así como los elementos calendáricos que, conjugándose, se volvían significativos y dotaban de un destino a cada uno de los seres humanos. En esa institución los nobles recibían los instrumentos necesarios para ejercer el gobierno de manera eficaz. Allí se formaba, sin lugar a dudas, la clase más poderosa, rica y culta de la sociedad de entonces.

El 13 de agosto de 1521, después de un muy penoso sitio que se había prolongado durante noventa y tres días, México-Tenochtitlan se rindió ante el conquistador. Esta fecha es considerada un parteaguas en el devenir de Mesoamérica, no obstante que la campaña que entonces concluyó había comenzado más de dos años antes, cuando Cortés y sus hombres desembarcaron en las playas de la región donde fundaron la Villa Rica de la Veracruz. Es cierto que la conquista de las tierras que pronto se llamaron Nueva España se prolongó por largo tiempo. Sin



embargo, ese 13 de agosto de 1521 marcó el inicio del proceso de cambios radicales que se observaron primero y con gran fuerza en la antigua capital mexicana y sus alrededores, esto es en el Altiplano Central de México.

Esta conquista trajo consigo la presencia de un nuevo grupo dominante, el de los españoles, que significó para los nobles a los que nos hemos referido la necesidad imperiosa de adaptarse a circunstancias que les resultaban totalmente novedosas. Desde los comienzos del régimen novohispano, los antiguos nobles que aceptaron someterse a él fueron reconocidos por los nuevos señores. Hubo dos razones para tal reconocimiento. En primer lugar, los españoles tenían un gran respeto por la nobleza, de cualquier origen que ésta fuera, pues provenían de un país que contaba entre sus instituciones a un grupo noble al que reconocían como elemento importante en las estructuras de poder. En segundo lugar, la construcción de nuevos aparatos políticos significaba la necesidad de conocer con detalle las peculiaridades de la administración y el ejercicio de la autoridad entre los grupos conquistados —instituciones, características de las comunidades y de la tributación a que estaban sujetas, así como las atribuciones y potestades de los gobernantes, entre otras cosas—, además del conocimiento de la lengua, instrumento fundamental para gobernar eficazmente y para acceder a una clara percepción de las estructuras sociales y de los procesos económicos vigentes. Todo ello y el saber cuáles eran las vías óptimas a través de las que fluían los actos de gobierno, resultaban elementos sustanciales para la buena marcha de la administración.

Las autoridades españolas muy pronto tuvieron conciencia de que adolecían de elementos en verdad necesarios para emprender tan sustanciales tareas. Fue entonces que los nobles indígenas, quienes conocían perfecta y profundamente la lengua, tanto como el orden social de sus comunidades, los mecanismos del poder y los procesos de producción, entraron en escena y fueron reconocidos por la nueva administración para hacerse cargo de los señoríos y del gobierno de los macehuales a quienes sus antepasados habían tenido por sujetos. Estos cargos iban acompañados de privilegios sociales, económicos y, por supuesto, políticos. Así, dado el respeto que se les concedía y la posibilidad de recibir de ellos servicios importantes para la construcción del régimen español, los nobles indígenas estuvieron en una situación adecuada para continuar disfrutando de algunos de los privilegios que antaño les eran propios.

Es un hecho pues que el reconocimiento que los nuevos gobernantes otorgaron a los *pipiltin*, descendientes de los antiguos nobles, permitió a éstos, no obstante los cambios que se sucedían, continuar ocupando un lugar preponderante en las estructuras de poder de las comunidades indígenas novohispanas. Un primer ejemplo lo dio el propio Hernán Cortés quien, después del ajusticiamiento del *huey tlahtoani* Cuauhtémoc, nombró a Juan Velázquez Tlacotzin, noble recién bautizado, para que se hiciera cargo del gobierno de México-Tenochtitlan.¹ Posteriormente, en la parcialidad indígena de la capital de la Nueva España y en los señoríos indígenas del Valle de México, y aun más allá de sus fronteras naturales, los señores indígenas, generalmente miembros de la antigua nobleza, continuaron gobernando.

Entre otras cosas, reconocer la autoridad de los descendientes de los antiguos señores implicaba la necesidad de asegurar de algún modo la sucesión de los mismos al frente de las comunidades. Fue así que en 1538, por Cédula Real, quedó estipulado el respeto a los antiguos sistemas de sucesión. La novedad que entonces se impuso consistió en que para que un gobernante electo pudiera entrar en funciones debía ser confirmado por las autoridades del virreinato, entiéndase el virrey y la Audiencia. Por supuesto que hubo muchas irregularidades a las que afanosamente se trató de poner remedio, según lo demuestran los documentos.

Entre las funciones que traía consigo el desempeño de estos cargos estaba la recolección de los tributos: unos en especie, otros en trabajo y los menos en moneda, novedad esta última a la que los indígenas no se acostumbraron de inmediato. Estas atribuciones inherentes a los cargos políticos en las comunidades indígenas corresponden propiamente a los privilegios de orden económico de los que gozaron los descendientes de los antiguos *pipiltin*, pues les permitió retener para sí, de manera fraudulenta, una parte de los tributos pagados por sus sujetos. Además, la Corona les concedió la posesión de tierras, seguramente aquellas que sus padres y abuelos habían tenido en usufructo antes de la llegada de los españoles, mismas que siguieron trabajando los macehuales, sus antiguos sujetos, y de cuyos productos disponían, como antaño, para sostener sus casas e incluso para acumular los

¹ Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl*, traducción de Adrián León, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975, p. 166.

excedentes. De esta manera, continuaron asegurándose una vida hasta cierto punto holgada.

Entre los reconocimientos que la Corona concedió a aquellos nobles se contaban los derechos a vestirse como europeos, a montar a caballo y llevar armas, e incluso a salir a la calle acompañados de criados, como lo hacían los españoles de elevada situación. Estos signos externos se correspondían con los que antiguamente habían distinguido a los *pipiltin* de los macehuales.

Respecto de la vida intelectual, la mayoría de estos nobles tuvo acceso a una formación en la cultura europea que rebasaba en mucho las rudimentarias enseñanzas ofrecidas a los macehuales en los atrios de las iglesias, consistentes sobre todo en lecciones muy elementales de catecismo. Los hijos de los antiguos *pipiltin*, en cambio, fueron objeto, por parte de los misioneros, de una información que incluía seguramente la lectura y la escritura del español y de la lengua indígena de origen —el náhuatl, en el caso de los pueblos del Valle de México—, así como la Historia Sagrada, además, por supuesto, del catecismo.

En enero de 1536 abrió sus puertas la institución más importante en la Nueva España, y posiblemente en la América española, dedicada a la formación de jóvenes indígenas: el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, anejo al convento franciscano de Santiago. Allí se pusieron al servicio de los hijos de la antigua nobleza la inteligencia y la inmensa cultura de franciscanos formados en las mejores universidades europeas de la época. Fueron los casos de fray Bernardino de Sahagún, egresado de las aulas salmantinas, quien se encargó de enseñar el latín, en tanto que fray Juan de Gaona, antiguo alumno de la Sorbona, enseñó lógica y filosofía. El *trivium* y el *quadrivium* constituyeron el programa de estudios, con lo que la enseñanza que allí se ofrecía quedaba inscrita en la más acendrada tradición de las antiguas universidades europeas. De dicha institución egresaron latinistas de prestigio reconocido, así como hombres que, por su preparación, ocuparon puestos importantes en sus comunidades. Tal fue el caso, entre otros, de Antonio Valeriano, quien se hizo cargo de la gubernatura de la ciudad de México.²

Años después, en la década de los sesenta, se dio un proceso que se ha llamado de hispanización de las instituciones. Éste fue el resultado

² Antonio Valeriano, macehual de origen, casó con doña Isabel, hermana del cronista Tezozómoc.

de la política absolutista de Felipe II, quien buscó afanosamente recuperar para la Corona los derechos que su padre, Carlos I, había concedido tanto a conquistadores como a nobles indígenas, cuando se estaban formando las instituciones políticas novohispanas. Los efectos de este proceso se hicieron sentir muy lentamente, desde los últimos lustros del siglo XVI hasta las dos primeras décadas de la centuria siguiente —años más, años menos— despertando en los dos sectores afectados numerosas quejas y peticiones que se elevaban hasta el rey y su Consejo de Indias. De ello existen múltiples testimonios tanto en el Archivo General de Indias, en Sevilla, como en el Archivo General de la Nación en México.

Es un hecho que los grupos que sufrieron el rigor de los embates de dicha política fueron los descendientes de los conquistadores y los nobles indígenas, quienes hasta entonces se habían beneficiado de privilegios y mercedes otorgados por la Corona. A los descendientes de los *pipiltin* se les prohibió disfrutar de los tributos que recibían de los macehuales en trabajo y que hacían productivas las tierras que la autoridad real les había concedido. Además, poco a poco se les fue apartando de los cargos de gobierno que habían ocupado, evitándoles la posibilidad de beneficiarse de los tributos que, en su calidad de funcionarios, recababan en sus comunidades. A su vez, comenzó a darse la oportunidad de acceder a tales cargos a los macehuales, e incluso en algunas ocasiones a mestizos o afromestizos, lo que constituía para los descendientes de los nobles no sólo la pérdida de sus privilegios, sino una verdadera afrenta.³ Por otro lado, para entonces, el Colegio de Santa Cruz había dejado de ser la institución cultural que había sido durante los años que siguieron a su fundación, para convertirse en un colegio de primeras letras.

Durante el tiempo que duró este proceso, y aún después, los nobles indígenas hicieron todo lo posible para conservar su antiguo estatus. En tales afanes, además de las numerosas cartas que enviaron al rey, el recuerdo de los tiempos anteriores a la Conquista, de las historias de sus poderosos antepasados, fueron elementos que jugaron un papel muy importante. Apelar al pasado, muchas veces mostrando los antiguos códices que lo referían, constituyó una manera de demostrar la

³ José Rubén Romero Galván, *Los privilegios perdidos. Hernando Alvarado Tezozómoc, su tiempo, su nobleza y su Crónica mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, 168 p.

legitimidad de su estirpe, tanto como los derechos que les asistían para reclamar los privilegios que les habían sido arrebatados. Algunos de esos nobles, poseedores de una formación en la que coexistían elementos de la cultura de sus ancestros con otros emanados de la cultura de los europeos, se dieron a la tarea de escribir historias cuyas fuentes eran muy variadas. Entre ellas se contaban los antiguos códices, los testimonios que oralmente les habían transmitido sus mayores con rica información, así como obras tempranas de contenido histórico escritas por otros nobles. Lo narrado por los indígenas de esta generación constituye verdaderas historias de síntesis, con las que culminaba un interesante proceso historiográfico al que he aludido en otros trabajos.⁴

Entre tales obras destacan los escritos de Hernando Alvarado Tezozómoc. Perteneciente a la realeza mexicana, este autor nació de la unión de Francisca de Moctezuma, decimonovena hija del *tlahtoani* Moctezuma Xocoyotzin —quien en noviembre de 1519 recibió a Hernán Cortés— y de Diego Huanitzin, nieto de Axayácatl, otro *huey tlahtoani* mexicano, quienes contrajeron nupcias al tiempo de la Conquista o poco después.

Es innegable que se carece de todo dato cierto respecto de dónde y cuándo nació este cronista; por alguna información que se consigna en la *Crónica mexicáyotl*, se supone que vino al mundo en la ciudad de México, durante los años en que su padre ocupaba la gubernatura de la parcialidad indígena de la misma, cargo que asumió en 1538.⁵ De ello puede deducirse que el nacimiento de Hernando Alvarado Tezozómoc debió ocurrir entre tal año y 1542, cuando Diego Huanitzin murió.⁶ Los datos sobre la vida de este cronista son en verdad escasos. Además del año en que se supone escribía la *Crónica mexicana*, 1598, sabemos por el cronista chalca Chimalpáhin que en febrero de 1600 Tezozómoc participó en una especie de farsa en la que representó a Moctezuma Xocoyotzin:

⁴ Especialmente en *Historiografía novohispana de tradición indígena*, v. I, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, 368 p.

⁵ Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpáhin Cuauhtlehuantzin, *Séptima relación de las Diferentes historias originales*, introducción, paleografía, traducción, notas, índice temático y onomástico y apéndices por Josefina García Quintana, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, p. 251. Por otro lado, la *Crónica mexicáyotl*, p. 168, informa que tal hecho ocurrió en 1539.

⁶ Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl*, p. 169.

Martes a 15 de febrero del año 1600. Don Juan Cano de Moctezuma, español, mostró como era Motecuhzomatzin, lo representó en farsa don Hernando Alvarado Tezozomoc; lo llevaron en andas y [bajo] palio, con eso lo iban cubriendo, frente a él iban bailando, para eso hicieron construir casa frente a donde se rinde vasallaje, por eso vinieron a la puerta del Tecpan. Se dignó hacer acto de presencia el virrey y también se divirtieron los castellanos.⁷

Existe un interesante documento que demuestra la participación del cronista en un alegato por unas tierras. Se trata del llamado *Papel de tierras de Cuauhquilpan*, del cual cabe señalar su gran belleza, resguardado por la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia. En él se conserva un retrato del cronista, ciertamente estilizado, donde se le observa vestido con un traje negro a la moda española, cubierto con una capa corta y llevando al cinto una espada. Es cierto que este documento, que data posiblemente del siglo XVIII, es una copia del original; sin embargo, permite considerar que el cronista pudo en verdad, como se ha dicho, tener como ocupación la de traductor, “lengua” según el español de la época, o *nahuatlato* —hablante de náhuatl y por extensión intérprete de esta lengua—, según se lee a un lado del retrato al que se ha hecho referencia, además de vestirse como español, beneficiándose de uno de los privilegios que la Corona concedía a los indígenas de estirpe noble.

Por otro lado, en el texto de su autoría, incluido en la *Crónica mexicana*, informa que, al escribir esas líneas, corría el año 1609: “Y ahora, en el año de 1609 años, yo mismo, don Hernando Alvarado Tezozómoc...” En el año siguiente rindió un testimonio en una averiguación referente a la genealogía de doña Francisca de Guzmán, señora de Xochimilco.⁸ Después de esa fecha no se conoce otra que aluda a la vida de este cronista.

La referencia a las fechas mencionadas es la última información que hasta ahora nos ha llegado respecto de la vida de Tezozómoc. El tiempo ha borrado toda noticia sobre cuándo y dónde murió. Suponemos que dejó este mundo en la ciudad de México y no mucho después de 1610.

⁷ Domingo Francisco Chimalpáhin, *Diario* (Manuscrit mexicain n. 226), Bibliothèque Nationale de France, París (microfilm).

⁸ Luis Reyes García, “Genealogía de doña Francisca de Guzmán, Xochimilco, 1610”, *Tlalocan*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, México, n. 7, 1977, p. 31.

Hernando Alvarado Tezozómoc escribió una historia de los mexicas que lleva por nombre *Crónica mexicana* y también una parte de la *Crónica mexicáyotl* que, escrita en lengua náhuatl de mano del cronista chalca Chimalpáhin Cuauhtlehuanitzin, se conserva en la Biblioteca del Museo Nacional de Antropología. Acerca de esta última, todavía existe la discusión sobre cuáles son los pasajes que debemos a Chimalpáhin y cuáles los de la autoría de Tezozómoc.

La *Crónica mexicana*, cuya edición presentamos ahora, está integrada por 110 capítulos, aunque numerados del 1 al 112. El problema que representa esta característica será abordado ampliamente por otros autores de la obra. Una lectura cuidadosa de ella revela de inmediato que la componen tres partes, aunque no haya señalamiento formal alguno, no obstante las distintas proporciones de cada una.⁹ La primera está formada por los tres capítulos iniciales de la obra, a través de los cuales se narra la salida de los mexicas de Aztlan Chicomoztoc, quienes, siguiendo las órdenes de la deidad Huitzilopochtli, iniciaron una migración no exenta de penalidades. En esta primera parte, el autor detalla el recorrido hecho por los mexicas, guiados siempre por su deidad, desde su original Aztlan, hasta adentrarse en un lago en cuyo centro se encontraba una isla, donde por órdenes de su dios se instalaron definitivamente. El relato refiere también la promesa que Huitzilopochtli hizo a los mexicas, según la cual él los conduciría hasta el sitio donde fundarían una ciudad desde la que conquistarían a los pueblos de los cuatro rumbos del universo, de los que obtendrían grandes riquezas. Era la misión de la deidad y sería también la de su pueblo.

La segunda parte, que principia en el capítulo cuatro y concluye en el once, relata el inicio de la vida de los mexicas en la isla donde se habían instalado y que era parte de los dominios del señorío de Azcapotzalco, el más poderoso de la región en esa época. Detalla lo ocurrido desde el gobierno de Acamapichtli, el primer *tlahtoani* tenochca, con el que se inicia la dinastía de los *tlahtoque* legítimos en el señorío lacustre, hasta los tiempos de la guerra que enfrentó a los hombres del pueblo de Huitzilopochtli con Azcapotzalco al que estaban sujetos. La narración que corresponde a este periodo de la historia tenochca,

⁹ Las páginas siguientes surgen de mi artículo “Hernando Alvarado Tezozómoc”, en *Historiografía mexicana*, coordinación general de Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo, v. I, *Historiografía novohispana de tradición indígena*, coordinación de José Rubén Romero Galván, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, p. 313-330.

caracterizado por la pobreza del pueblo de Huitzilopochtli, ofrece continuas referencias a la terrible opresión a la que los azcapotzalcas habían sometido a los mexicas y a los onerosos tributos en que ésta se traducía. Así descrita, la situación constituye una suerte de contrapunto narrativo frente a lo que el autor relatará en la tercera y última parte de su obra. De algún modo, prepara al lector para los episodios que siguen y que comienzan con la liberación de tan severas opresiones.

La tercera parte es la más extensa y contiene la descripción de las guerras y las victoriosas conquistas llevadas a cabo por los mexicanos, después de su liberación del yugo azcapotzalca. Estas guerras y campañas permitieron al pueblo de Huitzilopochtli dominar una gran porción de Mesoamérica, hasta conformar el vasto imperio que los conquistadores españoles encontraron a su llegada. Esta parte es la más importante de la crónica, no sólo por el número de capítulos que la integran, sino por la muy rica y diversa información que contiene. Se inicia, a la mitad del capítulo once, con esta suerte de exordio: “Comienza el memorial de los balerosos soldados, conquistadores de Azcapuçalco”, y concluye con la llegada de Cortés y sus hombres a Tlaxcala, unión de señoríos vecina e independiente de Tenochtitlan, con la promesa de continuar el relato en otro cuaderno cuya existencia es desconocida. La riqueza de esta parte de la crónica es en verdad notoria, pues en ella se suceden discursos muy expresivos y puntualizaciones llenas de detalles reveladores.

Muchos lectores se podrán lamentar de que en la *Crónica mexicana* no se encuentren referencias cronológicas precisas vinculadas con los hechos allí narrados. Aunque, debe reconocerse, que la secuencia de dichos acontecimientos da perfecta cuenta de su acomodo en el tiempo. Todo indica que la intención del autor no era situarlos con exactitud cronológica, sino, sobre todo, informar de ellos con la mayor riqueza posible de detalles, fruto de las cuidadosas pesquisas que realizó. La *Crónica* es notable por las descripciones de escenas donde los personajes que tenían entre las manos los destinos de México-Tenochtitlan se mueven, actúan, se ven envueltos en intrigas, conversan y pronuncian discursos solemnes, entre otras muchas acciones propias de los hombres de alto rango en la sociedad indígena. Ello permite al lector percibir detalles del ejercicio del poder que son de invaluable valor cuando se busca comprender la manera en la que funcionaban los mecanismos a través de los cuales los poderosos llevaban las riendas del gobierno

mexica. He ahí la riqueza de la *Crónica mexicana* de Hernando Alvarado Tezozómoc.

El relato contenido en la *Crónica mexicana* concierne al devenir de los mexicas. Un devenir resuelto primordialmente en la sucesión de guerras y conquistas cuya finalidad era la obtención de honores y riquezas. En efecto, si alguien preguntara cuál es el contenido de la *Crónica mexicana*, la respuesta idónea vendría a ser: *los mexicas hacen la guerra para obtener honores y riquezas*. Sobre esta sola frase está construido un discurso complejo que, como un árbol imponente, ramifica su tronco robusto hasta resultar en una inmensa fronda que oculta incluso ese tronco-frase que la sostiene. Siendo como es ésta la esencia del discurso que la crónica ofrece, el análisis de la historia que narra será presentado aquí en ese mismo orden frástico, donde el sujeto son los mexicanos, la acción que se desarrolla es hacer la guerra y el complemento en el cual resulta dicha acción son los honores y las riquezas obtenidos en cada campaña.

Podría pensarse que los mexicas a los que alude la *Crónica mexicana* eran los habitantes de Tenochtitlan en su totalidad; sin embargo, tal presunción encerraría un error. Tezozómoc se encarga de darnos los elementos para conocer quiénes son en verdad los mexicanos a los que se refiere, los que llevan a cabo la acción que es fundamento de su relato y que consiste, según se ha dicho, en hacer la guerra. Cuando está a punto de iniciarse la tercera parte de la *Crónica*, aquella que narra el devenir de Tenochtitlan desde la victoria sobre Azcapotzalco hasta la llegada de los conquistadores castellanos a Tlaxcala, el autor anuncia, a partir de allí y de manera muy señalada, a los sujetos de la acción: “los balerosos soldados, conquistadores de Azcapuçalco”.¹⁰ Si bien es cierto que a esta frase sigue la enumeración de aquellos capitanes que precisamente figuraron en tal gesta, el lector debe tener en cuenta que el memorial de que se trata corresponde a un tiempo que se prolonga casi por un siglo, hasta la aparición de Cortés en estas tierras. Los hombres que figuran después en la crónica, a quienes compete también la historia que allí se narra, son los descendientes de esos “conquistadores de Azcapuçalco” mencionados en el exordio al que nos hemos referido. Cabe una pregunta más: ¿quiénes son esos personajes que a lo largo de la narración realizan continuamente las guerras,

¹⁰ Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, edición de Gonzalo Díaz-Migoyo y Germán Vázquez Chamorro, Madrid, Historia 16, 1997, cap. 11.

acciones que dotan de sentido al relato? La respuesta se encuentra tanto en la nómina que el autor incluye en seguida de las frases aludidas, como en el contenido mismo de la crónica que nos ocupa. Los actores no son entonces el pueblo que habita Tenochtitlan, conformado en su inmensa mayoría por macehuales. Los protagonistas de esta historia son los miembros del grupo gobernante; ellos y no otros son quienes llevan a cabo las acciones: el *tlahtoani*, el *cihuacóatl*, los nobles, los grandes sacerdotes, los altos militares. Listar sus nombres sería ardua labor. Valga reiterar sólo que los actores de esta historia son los miembros del poderoso grupo dominante.

Ciertamente, el pueblo no está ausente. En ese gran escenario que es la historia tenochca, los macehuales aparecen en la *Crónica* a la manera del coro de las tragedias griegas. El pueblo lleva a cabo acciones que consisten en escuchar los discursos y acatar las órdenes que salen de la boca de quienes son primeras figuras, y que en no pocas ocasiones conciernen a la guerra; pero su participación, si bien resulta importante en el devenir de la historia narrada, sólo surge y se ordena de acuerdo con el actuar de los grandes hombres a quienes pertenecen los papeles protagónicos. Queda en evidencia que, aunque el pueblo no permanece inactivo, lo que realiza es reflejo y consecuencia de las acciones de los primeros actores del discurso. Se trata, en suma, de una historia del poder que ejerce un grupo sobre otro.

Tezozómoc relata la historia del grupo que ocupaba el sitio más elevado en la sociedad mexicana y da cuenta del origen de su preponderancia, lo que equivale a justificar su elevada situación y, sobre todo, el poder que sus miembros ejercían sobre los hombres del pueblo. En su historia, pone al lector ante la existencia de un antiguo *calpulli* que tenía por dios tutelar a Huitzilopochtli, y que, una vez fundada su ciudad, se constituyó en el núcleo del grupo que la gobernaba. Fue bajo el mando de estos hombres, y a través de una larga cadena de victorias militares, que la ciudad fundada en el centro del lago se convirtió en el núcleo de un vasto territorio en el que se distribuía un sinnúmero de provincias tributarias. Según las historias que relataban sus códigos y que por supuesto recoge Tezozómoc, estos hombres y su dios habían tenido una enorme importancia desde los tiempos en que su *calpulli* y otros más habían salido de la mítica ciudad de Aztlan, para iniciar una migración en busca del sitio donde su deidad pondría las señales que indicaban el lugar preciso en que debían establecerse. Este grupo dirigente, poderoso

y, como veremos, lleno de honores y riquezas, *calpulli* de adoradores de Huitzilopochtli, es, en la *Crónica mexicana*, el que realiza la acción que se desarrolla a lo largo del relato en su totalidad.

Hacer la guerra es la razón de ser de los mexicas y por ello el núcleo de la frase que resume el discurso contenido en la obra de Tezozómoc. Las acciones militares son una constante desde el principio de la *Crónica*, aun antes que la primera batalla sea narrada. En efecto, Huitzilopochtli se presenta a sí mismo como poseedor de un cargo que es la guerra:

asimismo también fui yo mandado de esta benida, que mi principal benida es guerra y armas, arco y flechas, rodela se me dio por cargo traer, y mi oficio es guerra, y yo asimismo con mi pecho, cabeza y brazos en todas partes tengo de ver y hacer mi oficio. En muchos pueblos y gentes que oy ay tengo de estar por delante y fronteras y aguardar gentes de diuersas naciones.¹¹

Esta tarea, que queda enunciada como la propia de Huitzilopochtli en las primeras páginas de la *Crónica*, pasa en seguida a ser también la actividad del grupo poderoso cuyos miembros lo tenían por dios principal, y por lo tanto llega a convertirse en el deber de la totalidad del pueblo gobernado. Tan es así que incluso antes de alcanzar el sitio de la fundación de su ciudad, cuando llegaron al lugar cercano a Tula llamado Coatepec, donde se instalaron por algún tiempo, creando un ámbito similar a aquel en el que levantarían su ciudad gracias a las obras hidráulicas realizadas allí, el dios les habla diciéndoles:

Ea, mexicanos, que aquí a de ser uuestro cargo y oficio; aquí abéis de aguardar y esperar, y de quatro partes cuadrantes del mundo abéis de conquistar y ganar y abasallar para vosotros tener cuerpo, pecho, cabeza, brazos, frotaleza. Y os a de costar asimismo sudor, trabaxo y pura sangre... pues abéis plantado y edificado uuestra propia cabeza, cuerpo y república, pueblo de mucha fortaleza, en este lugar de Coatepec.¹²

Con estas palabras, ricas en metáforas y difrasismos —elementos retóricos tan característicos de la lengua náhuatl cuya presencia denota que estamos ante una traducción de este idioma al español—, la deidad

¹¹ Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. 1.

¹² Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. 2.

tutelar de los mexicas los anima a hacer la guerra para conquistar a otros pueblos distribuidos en los “cuatro cuadrantes del mundo”, pues para ello tienen lo necesario: “cuerpo, pecho, cabeza, brazos, fortaleza”, y también les advierte que la guerra y las conquistas a las que están llamados requerirán de un gran esfuerzo: “os a de costar asimismo sudor, trabaxo y pura sangre”. Ésa es la misión del pueblo mexica —expresada con claridad en el texto— que la deidad le impone desde el principio, cuando aún es un grupo migrante. Se trata de una tarea obligada, de una misión que los mexicanos deberán de cumplir a cabalidad.

Y ello es reiterado a lo largo de la *Crónica mexicana*. La guerra, realizada continuamente por los mexicanos, siguiendo el poderoso ejemplo de su dios, se presenta en esta obra de diversas maneras. Se le describe como la actividad que hacía posible obtener el alimento de los dioses —llamada en otras fuentes *xochiyáoyotl*, guerra florida—. A ella alude el cronista cuando narra la entronización del *tlahtoani* Ahuizotl, mientras Nezahualcóyotl se dirige a él con estas palabras, con las que le recuerda la misión que debe cumplir:

Y le abéis de guarda, defender, acrecentar en mayor estado y señorío, que es Coatepetl *tetzahuitl* Huitzilopochtli, que le abéis de barrer su casa, templo y sus mandamientos de los que suelen hacerle de grandes sacrificios, que a esto fue enviado, para que aguarde a los estrangeros y dé de comer, beuer y vestir a todos los que fueren en su obediencia y basallaxe, que es esta comida para los quatro dioses que están aguardando y frontero el uno del otro de oriente a poniente y de norte a sur, de que abéis de usar de vuestras guerras para este comer de los dioses, que sepan los que hasta agora no lo sauen que están aquí estos dioses, que an de comer, pues ellos nos trujeron y encaminaron a este lago...¹³

Este pasaje de la *Crónica mexicana* omite toda mención relativa al fin último de alimentar a los dioses. Sin embargo, las referencias a las deidades vinculadas con los cuatro rumbos del universo, además de aquellas que aluden al dios tutelar Huitzilopochtli, sugieren un vínculo de dicha acción con el fin trascendente de sostener el equilibrio cósmico. Ello significa que los mexicas tenían como misión realizar la guerra con el objetivo, entre otros, de mantener el cosmos en armonía.

¹³ Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. 63.

La guerra también es conquista. Ya desde el inicio de la tercera parte de la *Crónica*, después de mencionar a los “balerosos soldados conquistadores” que lograron la victoria sobre Azcapotzalco, Alvarado Tezozómoc agrega que, además de obtener la victoria sobre el señorío tepaneca que los oprimía, estos valientes mexicas se distinguieron en la guerra contra otros señoríos, lo que se tradujo en un gran número de conquistas:

De manera que son éstos los valerosos principales mexicanos y los fundadores de Mexico Tenochtitlan y los primeros capitanes y conquistadores que ganaron y ensancharon esta gran república y corte mexicana, y las tierras y pueblos que pusieron en sujeción y cabeza de Mexico Tenochtitlan; que estos tales principales por ellos a sido y es cabeza de Mexico Tenochtitlan y su grandeza y señorío que hoy es, siendo primero Mexico Tenochtitlan nombrado “el lugar de tular y cañaveral y laguna cercado”...¹⁴

En efecto, según el cronista, además de haber derrotado al antiguo y poderoso azcapotzalca, estos mexicanos son los artífices del señorío mexica. A ellos se debe el inicio de las gestas conquistadoras que en una espiral ascendente terminaron por hacer de México-Tenochtitlan el centro de un vasto imperio. Para demostrarlo, Alvarado Tezozómoc ofrece una lista de las provincias ganadas para “el lugar de tular y cañaveral y laguna cercado”:

Y por su orden, curso de tiempo ganaron y conquistaron Suchimilco, Cuitlahuac y Chalco y los *aculhuaques* tezcucanos y los de Tepeaca y Ahuilizapan, Cuetlaxtlan, orillas de la mar de nuestra España, y otros pueblos comarcanos a estos de Cuetlaxtlan, y con ellos a Tuztla; que otros sin éstos fueron ganando y conquistando estos balerosos mexicanos, poniéndolo todo en cabeza del imperio mexicano, y en curso de tiempo a Coayxtlahuacan, que es grande su provincia, y a Pochtlan y a Teguantepec, Soconusco y Xolotlan y Cozcatlam y a Maxtlan, Yzhuatlan y Guaxaca y Cuextlan, Huitzcoac y Atuzapan y Tuchpa y todos los matalcingas toloqueños, que son grandes sus suxetos: Mazahuacan y Xocotitlan, Chiapa y Xiquipilco, Cuahuacan; todos los cuales pueblos, tierras ganaron y señorearon estos mexicanos balerosos en breve tiempo...¹⁵

¹⁴ Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. 11.

¹⁵ *Ibidem*.

Los señoríos mencionados se extienden por todo el territorio que conformó el área que hoy denominamos Mesoamérica. El sistema de sujeción que los mexicas impusieron fue muy severo, a tal grado que cuando alguno se negaba a pagar el tributo al que se le obligaba o llevaba a cabo alguna acción que los ofendiera, desconociendo así su poder, las represalias no se hacían esperar. Éstas consistían en violentas campañas punitivas. El cronista da cuenta de ellas y constituyen en su historia otra de las categorías en las que se pueden ordenar las campañas guerreras mexicas. Fue el caso de los de Oaxaca, que movidos por la codicia asaltaron a comerciantes mexicanos que llevaban a Tenochtitlan un rico cargamento, producto del tráfico con los habitantes de Coatzacoalco y Tabasco. Moctezuma Ilhuicamina consideró el hecho como una afrenta y las represalias fueron terribles. Tezozómoc describe así la atroz reacción de los mexicas, quienes, después de una violentísima batalla, subieron a lo alto del templo de la ciudad y lo quemaron. Con ello los oaxaqueños quedaron vencidos y huyeron:

Subidos en lo alto, bozearon con muchos rruegos a los mexicanos, con lágrimas, los mexicanos rrespondieron con coraje y braveza: “No, perros, que todos abéis de morir a nuestras manos porque otra vez no seáis traidores, salteadores”. Y tornando los bencidos con más lastimeras rrazones pidiendo perdóm, ofresciéndose harán todo lo que les fuere mandado de su tributo y basallaxe, xamás quisieron los mexicanos y tornaron a dar sobre, que era tanta la matanza y sangre que corría por los montes, sendas y caminos, que hartos días tuvieron mantenimiento los animales de los montes y aves de rrapaña, que casi murieron todos los naturales de Guaxaca.¹⁶

Este texto que refiere la campaña punitiva emprendida por los mexicanos contra los oaxaqueños es en verdad elocuente. En él, Tezozómoc detalla la crueldad con la que fue saldada, de manera ciertamente desmedida, la afrenta de que habían sido objeto los mexicas. Subyace en esta narración la inmensa fuerza con la que los hombres de Huitzilopochtli mantenían sujetos a los señoríos conquistados.

Los resultados de la guerra en la *Crónica mexicana* son siempre los mismos: el honor y las riquezas. En no pocas ocasiones el discurso que contiene identifica al campo de batalla con un campo de gloria, expresando así una de las más profundas razones de ser de las empresas

¹⁶ Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. 39.

bélicas. Durante la guerra contra Chalco, los altos mandos mexicas arengaron a sus soldados magnificando a la guerra de esta manera:

Hermanos mexicanos, aquí estamos todos en esta guerra, campo de gloria, montaña, lugar precioso de oro, summo contento y alegría nuestra de bitoria que será de gran gloria, onra de México Tenuchtitlan. Y venimos a morir en campo de alegría y es nuestro cargo y oficio...¹⁷

La otra razón de ella es la riqueza. Ya Huitzilopochtli en los momentos iniciales de la peregrinación promete inmensos y valiosos bienes a su pueblo, a los que sólo podrían acceder a través de la guerra:

Ea, mexicanos, que aquí a de ser vuestro cargo y oficio; aquí abéis de aguardar y esperar y de quatro partes cuadrantes del mundo abéis de conquistar, ganar y abasallar para bosotros tener cuerpo, pecho, cabeça, braços y fortaleza. Y os a de costar asimismo sudor, trabaxo, y pura sangre para que bosotros alcançéis y gozéis las finas esmeraldas, piedras de gran balor, oro, plata fina, plumería, preciadas colores de pluma, fino cacao de lexos benido, lanas de diversas tintes, diversas flores olorosas, diferentes maneras de frutas muy suabes y sabrosas y otras muchas cosas de mucho plazer y contento...¹⁸

Huitzilopochtli cumplió su promesa y los mexicas se esforzaron en la tarea que les encomendó. Sin duda llegaron a constituirse en el grupo más poderoso de la Mesoamérica del posclásico y el más rico de los que presenciaron la llegada de los conquistadores. En los capítulos once y doce, Tezozómoc describe la diversidad y la cantidad de los tributos que México-Tenochtitlan recibía de sus sujetos:

todos los quales pueblos, tierras ganaron y señorearon estos mexicanos, balerosos en breue tiempo, de los quales y de sus rrentas de ellos traían de tributo lo más supremo ypreciado: piedras preciosas, esmeraldas, otras piedras *chalchihuitl*, oro, preciada plumería de diuersas maneras y colores, todo género de manta rrica, labradas, grandes de a beinte brazas, que llaman *cuauhmeatl*, y de a diez brazas y de ocho y de menos brazas... y preciadas aves biuas que llaman *zacuan* y *toznene*, papagayos de muchas

¹⁷ Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. 28.

¹⁸ Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. 2.

maneras, y *ayocuan*, águilas que traían los naturales de los pueblos de la costa y orilla del mar...¹⁹

El cronista continúa puntualizando lo que México-Tenochtitlan recibía como tributo de regiones distribuidas por toda Mesoamérica, algunas muy alejadas del altiplano. La lista es variada en extremo e incluye tanto materias primas como objetos manufacturados y productos alimenticios. Concluye diciendo:

Todo esto, con otras muchas cosas tocantes al sustento umano, merescieron los mexicanos, por aberlo ganado con baleroso ánimo, esfuerzo de sus personas y balentía en tantos y tan grandes pueblos de este Nueuo Mundo, que en aquel tiempo así se yntitulaua, “*Cemanahuac tenuchca Tlalpan*”, lo que agora se bee por ella.²⁰

Con estas frases el cronista reitera que los tributos que México recibía eran fruto de las conquistas y resultaban más que merecidos por la valentía que los soldados demostraban día a día en las campañas. Asimismo, alude a la gran cantidad de pueblos conquistados que se distribuían en un vasto territorio al que se había nombrado *Cemanahuac tenuchca Tlalpan*, el universo tenochca sobre la tierra, ámbito del que fluía la inmensa riqueza de los mexicas, cuya obtención era el fin primordial de sus conquistas y que a su vez proporcionaba los medios para ir cada vez más lejos en ellas.

Guerras de conquista, guerras punitivas, guerras para hacer cautivos para el sacrificio, todas ellas fueron la base de la gloriosa realidad en la que vivieron los deudos de Huitzilopochtli, sobre todo los miembros del grupo dominante. El poder, la gloria y la riqueza se acumularon en México-Tenochtitlan a partir de 1428, cuando concluyó la guerra que liberó a sus habitantes del yugo pesado que, desde la fundación misma de su ciudad, les había impuesto el poderoso señorío de Azcapotzalco.

Esta historia gloriosa narrada por la *Crónica mexicana* se cierra sobre sí misma, no obstante que en el último párrafo se dice que la narración continuaría en otro cuaderno. Se trata, pues, de una historia concluida. Cuando los mexicas habían visto ya en la realidad el cumplimiento de las promesas de su dios y veían entrar a su ciudad infinidad de tributos

¹⁹ Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. 11.

²⁰ Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. 12.

que la enriquecían, aparecieron presagios que anunciaban el fin de su historia. En el relato de la *Crónica*, los mexicas se muestran conscientes de ello. Así, el autor pone en boca de Moctezuma palabras que no dejan lugar a ninguna duda:

ello a de ser así, que an de costar muchas muertes este señorío que an de tener en estos rreinos deste mundo... los que rrigieren y governaren por mandado de ellos, que no es ni a de ser señorío, sino sujetos como esclavos... Y si todavía escapare yo con la vida, ya no seré rrey, sino tequitlato y en mí se bernán a consumir los señores, tronos, sillas, estrados que los antiguos rreyes bieron y gozaron, porque en mí, que soy Moctezuma, se acabará todo.²¹

Como ya se dijo, la *Crónica mexicana* concluye con la promesa de continuar la historia que narra en otro cuaderno; sin embargo, nada sabemos sobre éste y cabe la posibilidad de que Tezozómoc nunca lo escribiera. Aun con las inquietudes que suscita la promesa de continuar la narración, es un hecho que con lo registrado en el último capítulo la historia del señorío mexica puede darse por concluida. El relato de lo ocurrido en la Conquista, si es que existió, sería sólo la explicación de la manera como ocurrió tal fin.

La historia narrada por Hernando Alvarado Tezozómoc bien puede resumirse, como lo hemos dicho, en una sola frase: “los mexicas hacen la guerra para obtener honores y riquezas”. Las riquezas que obtuvieron, gracias a las campañas guerreras que continuamente emprendieron, habían convertido a Tenochtitlan en una ciudad grande, orgullosa, y a sus gobernantes en un grupo en verdad poderoso, rico y objeto de honores que los distinguían de sus sujetos. La conquista española, como ya hemos visto, lo cambió todo. Los antiguos señores ya no gobernarían como lo habían hecho hasta entonces y con ello fueron afectados su lugar en la sociedad y sus economías. El contraste entre la vida de riquezas y honores de la que hasta entonces habían gozado los nobles indígenas se disipó. Estas penosas circunstancias, que a fines del siglo XVI se tornaron críticas, fueron las que rodearon la escritura de la crónica que nos ocupa. Considerando todo esto, es posible vislumbrar en la obra un carácter que no es del todo evidente si se buscan en ella expresiones que aludan a él de manera clara y directa, pero que la recorre

²¹ Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. 112.

de principio a fin. Sólo es posible percibirlo a través de una cuidadosa lectura y a la luz de las circunstancias que rodearon su producción. En efecto, se trata de un reclamo discretamente escondido, que se constituye en una verdadera denuncia. Si pensamos que es una historia que registra las glorias pasadas y la opulencia que había disfrutado el grupo de los *pipiltin*, del que descendía su autor, y que éste, como seguramente muchos de sus parientes a finales del siglo XVI, tenía que conformarse con verdaderas migajas que caían de la mesa de los nuevos señores, se entenderá que la crónica sea una queja velada de la situación a la que se vieron confinados los miembros de la antigua nobleza indígena.

Por su contenido, la crónica hace evidente la presencia de fuentes diversas. Es cierto que no hay elementos formales que den certeza del uso de antiguos códices. Sin embargo, si se sabe que tales documentos eran fundamentales para preservar la memoria histórica en tiempos prehispánicos, es posible considerar que la secuencia que ordena los acontecimientos narrados, así como una parte de la información que allí se vierte, haya surgido de antiguos códices pictográficos. También es factible que en la *Crónica mexicana* se haya consignado información proveniente de códices anotados y transcritos, así como de ricos testimonios orales. Por supuesto, todo ello a través de la hipotética *Crónica X*, de la que hablaremos más adelante.

Por otro lado, cabría preguntarse por qué Tezozómoc escribió esta obra en español, siendo el náhuatl su lengua materna. Aunque no hay respuesta plenamente satisfactoria al respecto, podríamos especular que con ello buscaba mostrar su integración a la cultura de los conquistadores, como habría sido vestirse a la manera de los españoles, según lo muestra el retrato que contiene el *Papel de tierras de Cuauhquilpan*. Otra posible respuesta sería la intención de Tezozómoc de poner al alcance de los europeos una historia donde el pueblo sojuzgado por ellos apareciera con toda la gloria que había caracterizado su pasado y, sobre todo, con el poder y la honra que el grupo noble, ya por entonces en plena disolución, había logrado a través de la guerra. En este sentido, haberla escrito en español sería un elemento más para entender la queja velada de que hablamos, porque entonces habría tenido algún efecto en los nuevos gobernantes, de quienes dependía el reconocimiento de la antigua nobleza.

Existe otra cuestión muy vinculada con la escritura de la obra que nos ocupa. Se trata del problema de la *Crónica X*. Robert Barlow, en

febrero de 1945, en una conferencia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, expuso una idea muy sugerente. Con base en las similitudes que había observado entre la *Crónica mexicana* de Hernando Alvarado Tezozómoc, la *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de la Tierra Firme* del dominico fray Diego Durán, así como con el *Manuscrito Tovar*, el *Códice Ramírez* y el libro VII de la *Historia natural y moral de las Indias* del jesuita José de Acosta, expuso la hipótesis de la existencia de una crónica original, de la que ellas provendrían, a la que bautizó con el nombre de *Crónica X*.

Ciertamente, y ése era su punto de partida, el parecido entre algunas de ellas había sido objeto de observaciones ya desde el siglo XIX, en 1876, cuando Manuel Orozco y Berra apuntaba respecto de la *Crónica mexicana* que su autor, Hernando Alvarado Tezozómoc, “para escribir tuvo presente el Códice anónimo o de Ramírez; más no parece que lo haya copiado servilmente”,²² y agregaba que había existido un “original mexicano” del cual el padre fray Diego Durán había tomado la “sustancia de su libro”, mismo del que decía “repetidas veces que traduce”.²³ Asimismo, el autor decimonónico afirmaba que la *Crónica mexicana* de Tezozómoc era también una traducción del “libro mexicano”.²⁴ Finalmente, Alfredo Chavero resumía la cuestión así:

Estas cuatro crónicas, el código Ramírez, Durán, Acosta y Tezozómoc, que son en realidad una sola, presentan la única fuente verdadera del poderoso imperio, a que puso cimientos el atrevido Tenoch, y que dejó derrumbar el pusilánime Motecuhzoma Xocoyotzin.²⁵

Es evidente que tanto Manuel Orozco y Berra como Alfredo Chavero habían notado el enorme parecido existente entre las crónicas que aludían, al grado de pensar que provenían de un mismo y único documento que era una historia escrita en lengua náhuatl.

Desde el siglo XIX, el problema había quedado en suspenso hasta que Barlow lo retomó. Llevó a cabo comparaciones entre los relatos implicados y llegó a conclusiones sorprendentes que expuso en la conferencia

²² Manuel Orozco y Berra, “Ojeada sobre la cronología mexicana”, en Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana precedida del Códice Ramírez*, México, Porrúa, 1975, p. 159.

²³ *Ibidem*, p. 161.

²⁴ *Ibidem*, p. 159.

²⁵ *Ibidem*, p. 167.

que aludí y que, posteriormente, ese mismo año, publicó en la *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*.

Las observaciones realizadas por Robert Barlow le permitieron puntualizar que la *Historia de las Indias* de fray Diego Durán y la *Crónica mexicana* de Hernando Alvarado Tezozómoc provenían directamente de una historia que no era ni el *Códice Ramírez* ni el *Manuscrito Tovar*, obra esta última de la que había salido la parte de la *Historia natural y moral de las Indias* de José de Acosta que trata de los mexicas, sino otra distinta y desconocida. Además, advirtió que el *Códice Ramírez* y el *Manuscrito Tovar* habían salido de la obra de fray Diego Durán.

Una cuestión importante por resolver giraba en torno a la autoría de la hipotética crónica original. Barlow propuso, y con razón, que quien la escribió habría sido un indígena mexica y que lo habría hecho en lengua náhuatl. Agregaba que eso había ocurrido en la década de los treinta del siglo XVI y que dicho original incluía dibujos.²⁶ En términos generales las suposiciones de Robert Barlow son válidas. Sólo es necesario decir que situar la escritura de la crónica en época tan temprana resulta un tanto difícil de sostener, pues todo indica que ésta debió contener una narración caracterizada por la riqueza de sus descripciones y la presencia significativa de diálogos y discursos, entre otros elementos, lo que hace casi imposible que se escribiera en la década mencionada.²⁷ Con toda seguridad, debió elaborarse mucho más tarde, cuando tanto el manejo del náhuatl escrito con caracteres latinos, como nuevas formas narrativas, habían sentado sus reales entre los indígenas instruidos de acuerdo con la cultura europea.

Aceptemos pues la existencia de una crónica original, de la que habrían salido la historia que refiere fray Diego Durán en el primer volumen de su obra y el contenido de la *Crónica mexicana* de Hernando Alvarado Tezozómoc. Demos por hecho también que fue escrita en náhuatl en un momento tardío del siglo XVI. A ello agreguemos que quien la compuso debió tener a la mano diversas fuentes que utilizó como base para su narración. Tales fuentes fueron, sin duda, materiales

²⁶ Robert H. Barlow, "La crónica X. Versiones coloniales de la historia de los mexica tenochca", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, Sociedad Mexicana de Antropología, México, t. VII, 1945, p. 65-83.

²⁷ Véase José Rubén Romero Galván, "La Crónica X", en José Rubén Romero Galván (coordinación), *Historiografía novohispana de tradición indígena*, v. I, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, p. 185-195.

pictográficos variados y testimonios de algunos nobles mexicas ya ancianos, que contenían discursos y descripciones transmitidos oralmente, y aquellos que le proporcionaron quienes los habían guardado en su memoria. Con todo ello, la crónica original debió contener, como las dos que de ella provienen, detalles muy coloridos y elaborados discursos. Es incuestionable que quien la compuso fue un noble perteneciente a la casa real de Tenochtitlan, pues sólo así se explica la riqueza de su supuesto contenido. Llama la atención que el único nombre de un noble de la antigua casa tenochca, interesado en la historia de sus antepasados y con las capacidades para componer una narración de la naturaleza que hemos considerado como posible para esta *Crónica X*, sea precisamente el de Hernando Alvarado Tezozómoc.

Existe otra obra cuya autoría ha sido tradicionalmente adjudicada a Hernando Alvarado Tezozómoc: la *Crónica mexicáyotl*. En realidad es ésta una historia escrita en lengua náhuatl por el chalca Chimalpáhin y formada por textos de tres autores, siendo el más importante por sus dimensiones el que debemos al cronista oriundo de Chalco. En ella se conserva un fragmento escrito por Tezozómoc, que constituye el otro texto histórico, conocido hasta ahora, salido de la pluma de este cronista, esta vez en lengua náhuatl. El mismo Tezozómoc es quien nos informa estarlo escribiendo en 1609.²⁸

En el texto de la *Crónica mexicáyotl* suscrito por Hernando Alvarado hay frases que merecen particular atención pues complementan el sentido del que dotó a su obra escrita en español. En primer lugar destaca la información que brinda sobre su noble origen:

Y hoy en el año de 1609 años, yo, don Hernando Alvarado Tezozómoc, nieto de la persona que fue huey tlahtoani, Moctecuhzomatzin Xocóyotl, que dignamente guardó y gobernó la gran ciudad, aquí, México Tenochtitlan, de su preciada hija, la noble persona, mi madre, la llamada doña Francisca de Moctezuma provengo. Ella fue esposa de la persona don Diego de Alvarado Huanitzin, mi padre, de quien provengo. Ellos me engendraron, en verdad soy su hijo, quien aquí me nombro...²⁹

A esta información respecto de su noble origen agrega después elementos que conciernen al devenir que narra; se trata de una historia

²⁸ Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl*, p. 7.

²⁹ *Idem*.

tenochca en su totalidad; Tlatelolco, la ciudad gemela de Tenochtitlan, no tiene derecho alguno sobre esta tradición: “Tlatelolco nunca nos lo quitará, porque no es en verdad legado suyo. Esta antigua relación y escrito admonitorios son efectivamente nuestro legado...”.³⁰

Es una historia desde hacía mucho relatada en códices guardados por antiguas generaciones. La conservación y la trasmisión de la misma es tarea tanto del autor como de sus contemporáneos: “según lo dijieran y asentaran en su relato y nos lo dibujaran en sus ‘pergaminos’, los que eran viejos y viejas, nuestros abuelos y abuelas, nuestros bisabuelos y bisabuelas, nuestros tatarabuelos, y nuestros antepasados”;³¹ “en los tiempos venideros jamás se perderá [su discurso], ni olvidará; siempre lo guardaremos nosotros, los que somos hijos, nietos... descendientes, sangre y color suyos”.³²

La historia que escribe Tezozómoc está destinada a las nuevas generaciones de tenochcas: “Oídla, comprendedla bien, vosotros, los hijos y nietos, los mexicanos, los tenochcas, y todos quienes quiera que de vosotros provengan, quienes nazcan y vivan y sean de vuestro linaje”.³³ Tiene pues una finalidad didáctica. A través de los relatos de Tezozómoc, los jóvenes aprenderán la historia de su ciudad, del señorío de sus mayores: “aquí aprenderéis [tenochcas] como principió la referida gran población, la ‘ciudad’ de México Tenochtitlan... en la que vivimos y nacimos nosotros los tenochcas...”.³⁴

El texto que nos dejó Hernando Alvarado Tezozómoc en la *Crónica mexicáyotl* permite pues completar en algo el sentido que presenta la *Crónica mexicana*. Se trata de la historia mexicana concebida como el devenir de un solo grupo social: la nobleza.

Una y otra crónicas resultan complementarias cuando se trata de encontrar el sentido profundo de su escritura. En ambas, de diferentes maneras, el lector entra en contacto con la respuesta velada que un cronista daba a la penosa situación por la que su grupo social, antaño poderoso y rico, atravesaba en las postrimerías del siglo XVI. El caso particular de la *Crónica mexicana* es elocuente en ese sentido; su rica narración constituye un recuento de glorias y honores ya perdidos de

³⁰ *Ibidem*, p. 5.

³¹ *Ibidem*, p. 4.

³² *Ibidem*, p. 5.

³³ *Ibidem*, p. 9-10.

³⁴ *Ibidem*, p. 6.



los que disfrutó la antigua nobleza indígena antes de la Conquista. Es cierto que sus miembros lograron mantener algunos de sus antiguos privilegios durante los primeros lustros del naciente régimen novohispano. Sin embargo, al cabo de un siglo de la llegada de los hispanos, según hemos visto, la situación de este grupo otrora poderoso comenzó a degradarse. Con ello los antiguos *pipiltin* poco a poco se vieron a sí mismos confundidos con los macehuales a quienes en otro tiempo habían gobernado.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS